

la abnegacion evangélica, basta nombrar al solitario contemplativo, al doctor sublime, al dichoso reformador que en el XVI siglo se dignó la Providencia unir á Santa Teresa con los vínculos repetables de la caridad, del ministerio y de la gloria; es decir, á *S. Juan de la Cruz*, quien se santificó por la abnegacion, y encontró en ella misma la recompensa de su santidad. *Ad nihilum redactus sum, & cum gloria suscepisti me.*

¡Ah! exclamaba él, ¿quien podrá dignamente expresar, ni practicar fielmente todo quanto comprehende la eminente ciencia de la abnegacion (1)? Ella sola es la que camina por las sendas de una piedad sólida, y la que sabe santamente renunciarse y anonadarse (2). De este anonadamiento, pues, nace el silencio de las pasiones, y del silencio de las pasiones la tranquilidad, el reposo y la paz del alma (3).

A proporcion de como voy tomando las expresiones de *San Juan de la Cruz* ¿no veis en ellas una exácta pintura de su vida? Sí, hermanos míos, quanto dice de la abnegacion, debo yo aplicárselo á él mismo. En ella reunió todos los sacrificios, y con ella recogió todos los consuelos.

El mérito de la abnegacion evangélica en todo su heroismo. *Ad nihilum redactus sum.* Punto primero.

La

(1) Montea del Carmelo lib. 2. c. 7.

(2) Lib. 3. cap. 4.

(3) Lib. 2. cap. 10.

La recompensa de la abnegacion evangélica en todo su esplendor. *Et cum gloria suscepisti me.* Punto segundo. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Virtudes que la abnegacion purifica, acciones que dirige, escritos que inspira y sentimientos que consagra, son los diferentes puntos que se presentan á la vista para formar el elogio de *San Juan de la Cruz*. En sus virtudes se halla la práctica de la abnegacion: en sus acciones el espíritu: en sus escritos la reunion de su doctrina; y en sus sentimientos se admira la perfeccion que exige: ved ahí á lo que yo llamo el mérito de la abnegacion evangélica en todo su heroismo. *Ad nihilum redactus sum.*

¿Que es abnegacion? Una renunciacion de los placeres, de los intereses y de sí mismo. Así la define nuestro Santo. Pero no son todavía sus principios los que yo debo exponer: son sus virtudes las que debo caracterizar. Todas ellas se mueven por el resorte de la abnegacion. Esta distingue á nuestro Santo entre todos los demas, así como entre todos ellos distingue la obediencia á San Mauro, la pobreza á San Francisco de Asis, la predicacion á Santo Domingo, la humildad á San Francisco de Paula, la caridad á San Juan de Dios, la confianza á San Cayetano y la dulzura á San Francisco de Sales. Mas en la virtud de la abnegacion solamente, ¡quantas virtudes se hallan reunidas! La Iglesia nos

Tom. V.

M

en

enseña; que el amor de la abnegacion constituye con especialidad el mérito de *Juan de la Cruz: abnegationis amatorem* (1); y nos advierte tambien el nuevo lustre que recibe este mérito por reunion de todas las virtudes. *Omnium virtutum presidio munitus*. En efecto, tanto quanto el amor propio engendra de pasiones y vicios, otro tanto mas bien hace producir la abnegacion semillas de virtud y de santidad. De aquel salen, como de su origen, la vanidad, el interes, la venganza, la incredulidad. De esta, como de su principio, nacen la humildad, el desinteres, la paciencia, la fe.

¡Que humildad se descubre en nuestro Santo! El es un apóstol, pues imita sus trabajos: un Doctor, pues reúne sus luces: un serafin, pues manifiesta su amor. ¿Y que juicio hace de sí mismo? Que es un hombre de baxo nacimiento, sin talentos y sin autoridad: un pecador á quien el cielo aflige y castiga. Son sus expresiones. ¿Y quien se las dicta? La humildad.

A esta virtud la mas bien reflexionada, unia la fe mas viva; y esta misma fe le hacia envidiar la suerte de los mártires. Ella fué la que imprimió en él un respeto inalterable á los misterios sagrados. *To no necesito pruebas de credibilidad*, decia con motivo de un milagro: *la fe no tiene mérito quando la razon humana percibe las cosas*.

La que tuvo siempre nuestro Héroe fué la que

(1) In offic. Sanct. Joan. à Cruce, Brev. Rom. Lect. 5.

que mantuvo su esperanza: esta fué la que le animó en sus trabajos, y le hizo decir: yo no espero de los hombres la recompensa de lo que hago por Dios. Máxima que en todos tiempos hará conocer, que á la extension de su esperanza sólo la puede igualar la de su caridad.

Caridad tan ardiente por su Dios, como activa por sus hermanos. Las pruebas parlantes de su amor eran el fervor sin escrúpulo que le animaba, el desinteresado zelo que le dirigia, los santos deseos que le hacian sentir todos los instantes que le retrataban la posesion de su Dios. Su caridad para con sus semejantes, se manifestó quando por medio de una imprevisa encadenacion de acontecimientos fué llevado á uno de aquellos asilos que la caridad abre á la pobreza enferma. Allí se reproducia de mil diversos modos la imágen de las miserias humanas. Allí solicitaban todas las atenciones del zelo las multiplicadas miserias, no siendo muchas veces recompensada sino con ingraticudes y malos tratamientos. Allí las amargas quejas del dolor se mezclaban con las del descontento, y hacian del ministerio mas laborioso el menos consolativo. Allí se comunicaban las enfermedades que se procuraban curar, y venia á ser muchas veces el sufrido asistente víctima de la que intentaba extinguir. Allí metidos entre un monton de llagas ó de cadáveres, morian por haber socorrido á los vivos, ó no vivian sino entre los muertos. Allí era menester ser inhumano para cumplir con los deberes que impone la hu-

manidad: y allí, en fin, el último esfuerzo de la Religión era el de conservar sus propios sentimientos en los desgraciados, mas próximos á la desesperacion que al arrepentimiento.

Si á *Juan de la Cruz* prestaba alas la caridad para volar al socorro de la humanidad afligida, la penitencia le suministraba armas para combatir sin cesar contra sí mismo. ¡Quantas piadosas extratagemas inventaba para reducir á servidumbre la naturaleza, siempre muy tarda en comparacion de sus deseos para acrecentar las impresiones de la gracia! Al amor de la cruz, de quien era discípulo y apóstol, fué al que debió el ilustre renombre que le distingue en la Iglesia. Por la austeridad de su penitencia conservó hasta el sepulcro la mas delicada y preciosa de las virtudes. Baxo mil formas diferentes procuraba la tentacion fuese su corazon accesible á los seductores atractivos de la sensualidad. Mas no, lisongera pasion, no conseguirás vencerle aunque tengas la dicha de atacarle. Con facilidad triunfa de los peligros el que sabe triunfar de sí mismo.

De aquí provino aquella obediencia respetuosa y universal que se impuso nuestro Santo hasta en los empleos de mando y superioridad. De aquí aquella fuerza sobrehumana que le hizo, por decirlo así, el desinteresado espectador de sus propios males.

La corona de *Juan de la Cruz* se compone de todas las virtudes. Humildad profunda, fe viva, caridad ardiente, penitencia rigurosa,

-am

s M

obe-

obediencia exácta, pureza severa; y aun podríamos añadir, solitud impenetrable; fervor constante, absoluta pobreza. Mas cada una de estas virtudes debió á la abnegacion un nuevo heroismo. Ella fué la que hizo á su humildad mas oculta, á su fé mas sumisa, á su caridad mas secreta, á su penitencia mas continua, á su obediencia mas pronta, á su pureza mas temerosa, á su solitud mas inaccesible, á su fervor mas circunspecto, á su pobreza mas absoluta. La abnegacion purificó sus virtudes, y dirigió sus acciones.

Baxo la enseñanza de los maestros mas hábiles habia hecho ya en las ciencias tan rápidos como brillantes progresos, y la benéfica Iglesia le habia abierto las puertas del santuario. Indeciso al principio sobre su vocacion, suplicó al cielo le concediese el acierto que necesitaba, y siendo oidos sus ruegos, le manifestó Dios la que debia abrazar.

¡O santo Carmelo! Tú solo eras el interesado en su corazon! El reconocimiento le debia fixar entre tus discípulos, especialmente consagrados á la gloria de María. Por una especie de retribucion debia á esta Señora el sacrificio de su libertad, respecto de que la era deudor por dos veces de la conservacion de su vida.

No necesitamos renovar aquí aquella inútil cuestión suscitada entre los sabios, sobre el origen de un Orden, cuyo nacimiento se cree mucho anterior al del Evangelio; ni me pertenece á mí justificar este origen, ni tampoco contradecirle: yo dexo á la persuasion

M 3

su

su creencia y á la crítica sus derechos.... Este Orden, pues, recibió en el duodécimo siglo una regla tan sabia como edificativa. Dictada por San Alberto, Patriarca de Jerusalem, era tanto la expresion de su zelo como de su piedad. A los que se dedican á servirla, no solo les prescribe los trabajos apostólicos, sino el ejercicio de la contemplacion. Tal vez será su principal objeto el de formar mas bien contemplativos que apóstoles. En el décimo tercio siglo pasaban desde Oriente á Occidente los solitarios del Carmelo. San Simon Stok les dió mucho lustre, y les defendió en Inglaterra. La Francia les recibió con reconocimiento por medio de S. Luis, que les estableció en la capital de su reyno, y les ayudó con su proteccion. La mudanza de paises, parece que exige la de la disciplina. Inocencio IV. aprobó las modificaciones que las circunstancias y el tiempo pedian que se hiciesen: y en el de Eugenio IV. fué ya preciso hacer nuevas modificaciones por diferentes motivos. Las necesidades de la Iglesia fueron la causa, y habiéndolas ella aprobado, solo sus enemigos podian condenarlas.

Fiel á sus leyes, y confirmados sus privilegios, se mantenía el Orden del Cármen con edificacion en Francia, Italia, Inglaterra y España, quando conducido *Juan de la Cruz* por la abnegacion á esta última monarquía, acababa de dedicarse al estudio de su espíritu, y al aumento de sus riquezas....

Siendo ya maestro quando apenas podia ser discípulo, se impuso á sí mismo todas las

res-

restricciones que autorizaban los decretos de los soberanos Pontífices. El poderoso torrente de la costumbre nunca suspendió el curso de su fervor. Siempre contemplativo y solitario estaba reducido á una estrecha y miserable celda. Su ocupacion era un continuo combate contra los sentidos, el espíritu y el corazón. Entre las vigalias, los ayunos y las oraciones concebía el proyecto mas grande y heróyco. El discípulo de S. Alberto, y de S. Simon Stok, pensaba serlo de S. Bruno. Mas no eran estos los designios de Dios para con él. Queriendo ya este Señor manifestárselos, estoy yo ahora tambien obligado á haceroslos comprender.

Por aquel tiempo tenia alborotada á la España, á la Iglesia y al Universo el nombre de una vírgen que reunía en sí la inocencia de Susana, el fervor de Esther, y el heroísmo de Judit. De un espíritu vasto y sólido, un ingenio sublime y luminoso, una alma grande y heróyca, un carácter firme y activo, un corazón generoso, sensible, noble y único. Sus deseos, sus conocimientos, sus empresas y sus sucesos sorprendian, admiraban y arrebatában. De su limpia, delicada é ingeniosa pluma, salían rasgos luminosos, efusiones piadosas, transportamientos amorosos. Sábia y humilde; sufrida y tranquila; guiada en sus trabajos por la caridad, y superior á las persecuciones por la constancia. Exemplo singular de confianza y de desinterés, de gloria y de humildad, de prudencia y de fuerza. Hablo de una vírgen;

M 4

gen;

gen; pero de una virgen que era un apóstol, un profeta, un legislador: un nuevo Pablo por sus éxtasis, y un Agustin por sus obras: de una virgen, que sería envidiable su sexó, si en uno y otro no nos presentase la Providencia almas privilegiadas que no pueden ser comparadas sino consigo mismas. Aun no he dicho quien es la restauradora del Carmelo; pero al verme bosquejar su retrato, conocereis no puede ser otra que Santa Teresa. Esta, pues, conocia la reputacion de *Juan de la Cruz*, sus virtudes y proyectos. La voz pública anunciaba en él un hombre zeloso, un prodigio de abnegacion. Vióle la Santa, le habló y le admiró. ¡O hijo mio, ó padre mio! Le dice, dexa esas fervorosas ideas, que mas bien son para tí una tentacion que una vocacion verdadera. No haya miedo que encuentres en la Cartuja de Segovia una segunda Tebaida. El cielo te llama a otra parte; quiero decir, al Carmelo, que nunca abandonarás. En tí se cifra su gloria. Tandeudor eres á tus hermanos como á tí mismo. Tu serás entre ellos un apóstol no ménos que un santo. La Iglesia que sostiene mis proyectos favorecerá tus empresas. Tú estas destinado para hacer por tu sexó lo que yo he hecho por el mio. Sobre tí fundo mis esperanzas. A tí te toca llenar sus miras. Empecemos la obra de Dios, y dexemos el suceso á cargo de la Providencia.

¿Podria desconocer nuestro Santo la voz del cielo en las expresiones de Teresa? No por cierto. Obedeció, y desde aquel mismo instant-

tante empezó ya la reforma del Carmelo.... Mas ¿que digo yo? ¿Acaso necesitaba éste de reforma? ¿Han consultado la historia y la verdad aquellos que se han atrevido á pintarla en el estado mas deplorable? No por cierto: el Carmelo no se parecia á aquellos rios, cuyas aguas pierden su pureza á proporcion de como se alejan de su origen. Tenia sus privilegios, pero ningun abuso. El duplicado espíritu de Elías reynaba aun en sus edificativos y útiles retiros, dando doctores á las escuelas, predicadores al púlpito, pontífices á la Iglesia y exemplos al Universo.

El designio de *Juan de la Cruz*, no era tanto el de restablecer el Carmelo en su primera perfeccion, quanto el de darle el mérito de una perfeccion nueva. Su idea se reducía á componer una sociedad de hombres contemplativos, resueltos á menospreciar el mundo, y vivir en la austeridad.... Lo primero que hizo fué enarbolar el estandarte de la reforma. El fué por lo que hace al segundo Carmelo, lo que S. Estaban por lo que toca al Evangelio. Así como este fué el primer mártir del christianismo, fué aquel el primer religioso de la reforma.

¡O Duruelo, ó lugar distinguido, en el que mostró nuestro Santo la imagen y la esperanza de un Orden que iba á dar tantos santos á la Iglesia! Yo te doy mil parabienes por poseer las primicias de tan inestimable fruto. ¡Quantas maravillas te asombran baxo esos rústicos y abandonados techos que asea la simplicidad, y en los que el penitente fer-

vor constituye su primer ornato! Al abrigo de ellos se ven unos hombres santamente entregados al conocimiento de su nada, que no interrumpen los dulces suspiros de sus oraciones, sino para dedicarse al estudio de las sagradas Escrituras, á los ejercicios de la penitencia, y á los trabajos del zelo: unos hombres que fundan sus riquezas en la indigencia. *Opes in paupertate*. Sus posesiones en el reconocimiento. *Possessio in renuntiatione*. Su gloria en el menosprecio. *Gloria in contemptu*. Su poder en la debilidad. *Potentia in infirmitate*. Tales se presentaron á la edificada España los primeros restauradores del Carmelo, formados por *Juan de la Cruz*.

Yo anuncio, hermanos míos, el principio de un Orden, cuyos rápidos progresos merecian fixar aquí mi atencion y la vuestra. Pero desaparezca por un instante á vuestra consideracion la cuna del renaciente Carmelo. Antes de contar los sucesos de nuestro Santo he prometido analizar sus obras. Obras que verdaderamente contienen toda la ciencia de la abnegacion.

Pocos Santos Doctores hay que no se apliquen á aclarar algun dogma de la Religion, ó alguna virtud del Evangelio. Nosotros debemos muchas instrucciones á S. Cipriano sobre la inmortalidad del alma; á S. Atanasio bastantes pruebas sobre la divinidad de Jesu-Christo; á S. Hilario algunas nociones sobre el misterio de la Trinidad; á S. Agustín sólidos principios sobre la gracia. Debemos igualmente algunas lecciones sobre la

virginidad á S. Ambrosio; reglas sobre la penitencia á S. Gregorio el Magno; máximas sobre la soledad á S. Bernardo; luces sobre la predestinacion á Santo Thomas de Aquino, y á *S. Juan de la Cruz* se las debemos sobre la ciencia, casi ignorada, de la abnegacion.

Quien quiera conocer el poderoso resorte de su doctrina, abra el Evangelio. *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum*. Si alguno quisiere venir en pos de mí, nieguese á sí mismo (1). A estas palabras está reducido todo lo que enseña nuestro Santo. En ellas consiste el fundamento de la Teología mística.

Esta, pues, es una ciencia interior de Dios, que sucesiva y gradualmente encamina á la práctica de la abnegacion. Su autor fué Jesu-Christo: los apóstoles sus primeros intérpretes: sus doctores y panegiristas S. Clemente Alexandrino, S. Dionisio, S. Ambrosio, S. Gregorio Nacianceno, S. Gerónimo, S. Casiano, S. Juan Clímaco, S. Anselmo, S. Bernardo, S. Buenaventura, Santa Catalina, S. Gines, Santa Teresa.

Semejante la Teología mística á la escolástica, tiene su objeto, sus propiedades y su fin. Confesemos desde luego que, como ésta, se halla en algunas partes cargada de cuestiones frívolas, y encubierta no pocas veces entre expresiones obscuras. La Teología escolástica enseña la ciencia de la fé: la mística la ciencia de la contemplacion. Ambas

(1) Matth. c. 16. v. 24.

abundan de principios, de distinciones, y de consecuencias; pero la una lo concede todo al razonamiento; la otra á la reflexion. Aquella ilumina el entendimiento; ésta abraza el corazon. La Teología escolástica enseña lo que se necesita creer, y sujeta la razon: la Teología mística lo que es preciso hacer, y regla los sentimientos. La una hace conocer á Dios; la otra gozar de él. Ambas comunican la luz á las tinieblas: la escolástica en las del entendimiento; la mística en las del alma. El águila de la primera es Thomas de Aquino; el luminoso astro de la segunda *Juan de la Cruz*. Uno y otro, como pilotos hábiles, dirigen sobre una mar borrascosa dos naves cargadas de distintas riquezas, y las conducen felizmente al puerto por entre mil peligros y escollos.

La doctrina de nuestro Santo es desconocida al mundo profano. Ignora hasta el título de las obras que voy á citar; esto es, la *Montea del Carmelo*, la *Noche oscura*, la *Viva llama del amor*: ¡Que nombres para él tan extraños! Sin embargo, procuraré penetrar el misterioso velo con que encubre nuestro Santo las multiplicadas riquezas de sus escritos.

El supone desde luego, que la imperfecta bienaventuranza que se puede adquirir en esta vida, consiste en la contemplacion del soberano bien. Esta contemplacion, pues, es la dichosa escala por donde sube el hombre á aquella perfecta felicidad de que gozan los santos en el cielo.

El

El alma mundana se lisongea llegar á la union divina disfrutando de los bienes de la tierra. Los busca y los posee, y esta misma posesion la parece una felicidad. ¡Pérfida illusion! exclama nuestro Santo. ¡Quanto se aparta del reposo que busca por estos caminos extraviados!

¿Y querrá esta alma imperfecta, continúa, redoblar sus esfuerzos para adelantar en las sendas de la justicia y de la verdad? ¿Pensará conseguirlo? No por cierto. Sus imperfecciones sirven de obstáculo á sus sucesos. Atadas con un hilo casi imperceptible á las dulzuras de la tierra, se detendran en el camino sin llegar al término deseado. Este privilegio solo está concedido á las almas perfectas.

A estas es á quien *Juan de la Cruz* instruye con sus obras. Para conducir las con seguridad, abrió su caritativo zelo el penoso camino por donde deben seguir. Las presenta tres diferentes ensayos, que llama otras tantas noches distintas. Expresiones místicas por cierto, cuya total energía no es fácil conocer al pronto; pero que procura hacerlas sensibles por medio de ingeniosas y parlantes imágenes (1). En privar á los sentidos de todos los objetos que les chocan é irritan, consiste la primera prueba: en despojar al entendimiento de sus mas ligeras aficiones, pende la segunda; y la tercera estriba en apartar de la memoria todas las aprehensiones y

(1) Montea del Carmelo.

fortificar, por decirlo así, á la voluntad para que no sea susceptible de impresiones diversas que causan la alegría, la esperanza, el dolor y el temor.

Bien se conoce lo dificultosísimo que es familiarizar la inteligencia humana con estas oscuras nociones de una profunda espiritualidad. Oigamos como nuestro Santo habla por sí mismo en sus obras. En la una (1) dice, que el paso del alma á la union divina se llama la noche de los sentidos y de las pasiones, porque se reconocen en ellas todos los objetos del mundo. La fé que conduce al alma, es tan oscura al espíritu como la noche á los ojos. En la segunda (2), describe las penas que Dios hace padecer á las almas que quiere elevar á la práctica de las mas sublimes virtudes. Penas de los sentidos y del espíritu. En la tercera (3), apura los vivos sentimientos de una alma abrasada en el fuego de la caridad. El amor, dice, es sabio sin ninguna ciencia. Llevado sobre sus alas, salva las barreras del mundo, y penetra con un solo y rápido vuelo hasta los cielos. La quarta (4), es una pintura interesante de la union mas íntima entre Dios y el alma.... ¡Que no esté yo inflamado con las expresiones de *Juan de la Cruz* para describir las imágenes, pintar los ardores, y animar los éx-

ta-

- (1) Montea del Carmelo.
- (2) Noche oscura.
- (3) Cánticos espirituales.
- (4) Viva llama del amor.

tasis con que enriquece esta última obra! Pero no; los prodigios nunca se analizan.

Mas facilmente se conseguirá con sus cartas. Tan pronto manifiestan un religioso á quien guia (1), explicándole el modo de valerse para despegar su voluntad de las criaturas, y unirla solamente á Dios, como unas fieles esposas de Jesu-Christo á quienes dirige con máximas semejantes á estas: no decir nada y hacer mucho: las palabras disipan el espíritu; el silencio le recoge: padecer, obrar, callar, olvidar al mundo y á sí mismas, es el consejo del Evangelio, y el mérito de la abnegacion (2).

¡De quantas otras máximas, igualmente luminosas, se valió para manifestar las verdades abstractas que expone, y por fin descubre! No adelantar, dice, en el camino de la perfeccion, es atrasarse. El alma se acerca otro tanto mas á Dios, quanto se aleja de sí misma. Mas se aprovecha en un mes por la abnegacion, que en muchos años por la penitencia. Es tenerse en mucho no estimarse en nada. La virtud que se mueve, parece á las flores delicadas, que en poco tiempo se deshojan y pierden su olor.

Tal es la doctrina de *Juan de la Cruz*. En ella pinta su alma. La abnegacion que caracteriza sus obras, consagra sus sentimientos.

Tambien tiene sus mártires como la fé. Si, segun los principios de S. Agustin, es una

es-

- (1) Carta primera.
- (2) Carta segunda.

especie de martirio reprimir la cólera, contener la avaricia, humillar la soberbia, *magna pars est martyrii* (1); ¿no lo será tambien declararse á sí mismo la guerra sin cesar, cautivar sus pasiones, correr á los sufrimientos y á los menosprecios? *Magna pars est martyrii.*

Por toda la Iglesia corre la celebridad de su nombre. Los hombres mas hábiles le consideran de un espíritu vivo, penetrante, capaz de concebir los mas grandes objetos: un espíritu adornado que anuncia la superioridad de los talentos; un espíritu firme á quien no detienen los obstáculos... ¿Le distraerá alguna vez el amor propio en vista de esta favorable opinion? No por cierto: su modestia no temia menos á su propia vanidad que á las alabanzas ajenas.... ¡Quanto importa ser la expectativa del universo, y no tener en sí mismo otra cosa que sentimientos de humildad!

Nuestro Santo, pues, llegaba con ellos hasta sus propias virtudes. No eran estas á sus ojos mas que imperfecciones, su entendimiento otra cosa que tinieblas, ni sus sucesos tenían de verdaderos sino su misma inutilidad. Conoced todavia mejor sus sentimientos.

Considerad estas palabras que he tomado de él mismo: *Pati, et contemni pro te.* Observador Dios de sus combates, le preguntó, ¿que recompensa queria por sus trabajos? sufrir, Dios mio, le respondió, y ser menospreciado por vos.

(1) Aug. Serm. 250. de Temp.

Los oprobios y las aficciones son la corona que promete el Evangelio sobre la tierra. No podia ser otra la que lisonjase la santa ambicion de nuestro Santo. *Pati, et contemni pro te.* Thomas de Aquino pidió por recompensa la posesion de su Dios: *Juan de la Cruz* la de los sufrimientos y menosprecios. Este es el tiempo y el heroismo de la abnegacion. *Pati, et contemni pro te.*

¡O cielo, ó tierra! Vosotros sois los que parece os habeis unido para llenar sus miras. El primero para experimentarle con las privaciones, las sequedades, las turbaciones y los remordimientos. La segunda para levantarle una multitud de enemigos que cada uno por su parte ataque su reposo, su reputacion y su vida. En esta alternativa de combates sensibles y despreciativos adoraba á su Dios, y le presentaba el homenaje de todo su ser.

Dispuesto para todos los contrastes de la vida, conceptuaba como la mayor dicha tener mas enemigos y mas contradicciones que sufrir, y estar expuesto á oprobios mas grandes. Jamas alcanzaron sus enemigos á la extension de sus deseos. *Pati, et contemni pro te.*

No consistia todo su mérito en ser desconocido de los hombres, ó desear que le menospreciasen. La abnegacion le suministraba piadosos artificios para mas bien vivir olvidado del mundo. En vano llevaron su reputacion hasta la corte sus obras y sus virtudes. Siempre reusó presentarse en ella. Su Rey le admiraba sin verle. Nuestro Santo

Tom. V. N pre-

preparaba al pie de los altares los sucesos de su orden: no en el tumulto de la corte. La obra del Señor no necesita de reyes ni monarcas terrenos: solo ha menester á Dios.

¡Quanto se exáltó su santa cólera quando excitado de la ambicion pública se presentó delante de sus ojos un famoso artífice con el fin de sacar fielmente su retrato! ¡Fatal pincel, pues que le consideraba en medio de los éxtasis, rodeado de sus discípulos, y ocupado en sus escritos! ¡Quanto lastimó su modestia! En aquel mismo instante, tan sensible para él, se manifestó la tristeza en su semblante, las lágrimas en sus ojos, y su corazon despreciaba con indignacion los honores que la equidad y el reconocimiento se apresuraban á contribuir á su virtud. El olvido de los hombres era el objeto de sus deseos. Sus obsequios eran el motivo de sus lágrimas.

Así como en las religiones se entregan otros al ambicioso deseo de mandar, y pasar desde súbditos á superiores; nuestro *Juan de la Cruz* jamas dexaba de temer este escollo, ya que no podia evitar las dignidades de su orden. Los combates que debia sostener en ellas le indemnizaban de la autoridad que le prestaban. Mas le lisonjeaban los menosprecios, de quienes era la víctima, que el poder de que era depositario. La gracia que solicitaba con ansia, y con la mayor importunidad, era la de morir sin títulos ni empleos. Obtúvola en efecto, y á estos momentos de eleccion, á este laborioso reposo, debe la Igle-

Iglesia esas obras, que llamaria divinas, sino hubieran salido de las manos de un hombre. ¡Retrato de Peñuela! Tú eres el que consumes en nuestro héroe la ciencia y práctica de la abnegacion.

En él es, oyentes míos, donde se representan sus ojos llenos de lágrimas, su rostro pálido, su cuerpo extenuado, y en una palabra, donde no se presenta á sus espantados discípulos otra cosa que un animado cadaver. La misma Santa Teresa, que era un prodigio de penitencia, se vió precisada á condenar y moderar la de nuestro Santo al paso que la admiraba.

Mas ah! ¡Con haber nombrado á Santa Teresa, á aquella Virgen tan preciosa á la Iglesia, á aquella prenda querida del Carmelo, se me ha venido á la memoria su muerte! ¡O muerte cruel! ¡O terrible muerte! ¿Como te atreviste á arrebatár á Teresa en los dias mas brillantes de su carrera? Ya perdió *Juan de la Cruz* su consejo y su apoyo.... Yo describiria aquí sus sentimientos, y presentaria á sus lágrimas una voz lastimera, sino supiese que toda su vida estuvo llena de aficciones y sacrificios. Tal vez no le haria jamas mayor que este, como que ninguno era tan esencial.... Mas de una vez se familiarizó su corazon con la pérdida de su libertad y de su reputacion. Una alma grande es capaz de estos generosos esfuerzos; pero para conformarse con la pérdida de Santa Teresa, era menester un hombre tan despegado como él de quanto hay en la tierra, y que en todos